



Vol. 2 (4) Diciembre 2015- pp. 67-93
ISSN 2362-6194

ESCRITURA Y PREDICACIÓN: LA HOMILÍA COMO GÉNERO DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

WRITING AND PREACHING: THE HOMILY AS A GENRE OF THE LITURGICAL CELEBRATION

Elvira Narvaja de Arnoux¹

Universidad de Buenos Aires

elviraarnoux@gmail.com

RESUMEN

Entre las escrituras profesionales, la relacionada con la predicación cristiana es la que ha dado lugar a un mayor número de manuales. Estos están destinados, fundamentalmente, a la formación de los sacerdotes y a la producción de la homilía, género privilegiado de la celebración litúrgica posterior al Concilio Vaticano II. La complejidad del escrito deriva, por un lado, de que se debe partir de una lectura establecida institucionalmente e interpretarla actualizando el mensaje, es decir, relacionándolo con los problemas que afectan a la comunidad de fieles en ese momento. Por otro lado, el discurso debe desplegarse siguiendo un plan que le dé unidad y facilite la comprensión y un estilo que lo acerque al auditorio gracias, entre otros, a su dialogismo, a la presencia de un lenguaje coloquial propio de la cultura a la que pertenecen los que participan en la celebración, y al recurso a las imágenes. El artículo analiza cómo estos diferentes aspectos son tratados en las artes de predicar actuales y en la exhortación apostólica del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, en qué medida aquellas se inscriben en la tradición retórica a la vez que convocan otras disciplinas centradas en la discursividad y cuáles son las orientaciones que proponen para la preparación del texto de la homilía.

Abstract

Among professional writings, that related to Christian preaching has given rise to the largest number of manuals. These manuals focus mainly on training priests and preparing homilies, the privileged genre in liturgical celebration following the Second Vatican Council. The complexity of this kind of writing is owed firstly to the fact that it must be based on an institutionally established reading which must be interpreted by updating the message, i.e., by relating it to issues affecting the faithful at that time. Secondly, the discourse must unfold following a plan endowing it with unity and facilitating understanding, in a style that will bring it close to the listeners through features including, among others, dialogism, the presence of colloquial language typical of the culture to which celebration participants belong, and the resource of images. This paper analyses how these different aspects are dealt with in contemporary arts of preaching and in Pope Francis's apostolic exhortation *Evangelii Gaudium*, the extent to which they fit the rhetorical tradition while at the same time resorting to other disciplines centred on discursiveness, and what orientations they suggest for preparing the text of a homily.

Key words: Professional writing – Art of preaching - Homily – *Evangelii Gaudium* – Pope Francis

INTRODUCCIÓN

Las escrituras profesionales, es decir, las que se producen y circulan en comunidades que participan en una determinada práctica social, pueden estar reguladas por dispositivos normativos y ser objeto de reflexiones detenidas, o estar sostenidas por formatos más o menos estabilizados, o estar más libradas a decisiones que toman los que deben producirlas seleccionando aquellas opciones discursivas que les parecen más adecuadas. En algunas de estas comunidades la actividad fundamental es discursiva, como en el caso de abogados, sacerdotes, periodistas o docentes, de allí que la formación profesional contemple a menudo la producción de los escritos más habituales y existan manuales que la apoyan.

Si establecemos un continuum entre las posibilidades de regulación a las que nos referíamos al comienzo podemos decir que en un extremo, el de mayor control, se ubican las destinadas a la predicación. Estas han dado lugar a numerosos textos normativos que abordan no solo los modos de leer los textos sagrados sino también los escritos que a partir de las lecturas, en la mayoría de los casos impuestas institucionalmente, sostienen los discursos que se proferirán en forma oral, leyéndolos total o parcialmente o dando como los oradores antiguos la impresión de improvisar. Próximas a estas formas de escritura se encuentran las jurídicas con sus géneros discursivos propios (alegatos o sentencias, por ejemplo) regulados por la institución, aunque no hayan generado la cantidad de manuales que acompañan a las anteriores, y que dan lugar también a una diversidad de despliegues porque las causas en las que se inscriben son diferentes. En algunos casos, como las escrituras periodísticas, si bien hay una regulación que se expone en los manuales de estilo (diferenciada según los soportes), la continua producción de ejemplares de los géneros del aparato prensa (entre otras, noticias, editoriales, notas de opinión, entrevistas) orientan la redacción. Escrituras con formatos fijos son las que se producen en general en el campo médico (historias clínicas o recetas) o en ciencias, en las que los informes deben seguir protocolos establecidos. Más laxos son, entre otros, los informes que los veterinarios

hacen en ocasión de la visita a un establecimiento rural, en los que optan por los formatos que prefieren.

Algunas de las escrituras profesionales pueden ser solo verbales o incluir ilustraciones o, incluso, ser estas lo central del texto como en las propuestas de los arquitectos. En algunas el destinatario es otro profesional pero muchas de estas tienen que contemplar un público más amplio como en el caso de las producciones de críticos de arte, que pueden ir desde curadurías a artículos en las secciones especializadas de los periódicos. Ciertas profesiones privilegian un género que es en el que las instancias formativas entrenan, como la clase para los docentes o la homilía para los sacerdotes o la “noticia” para los periodistas.

La articulación de la escritura con la oralidad difiere también según los ámbitos y las épocas. En la discursividad política, con la puesta en marcha de los sistemas representativos, por ejemplo, se valoró el texto escrito que diferenciaba el discurso de los elegidos en las elecciones de los considerados simples demagogos sostenidos en las prácticas menos controladas por el Estado; en la actualidad se aprecia la producción oral que puede estar o no apoyada en notas y esto se evidencia, incluso, en las presentaciones de los funcionarios.

En esta ocasión abordaremos la predicación cristiana (y, particularmente, la que se desarrolla actualmente dentro del catolicismo), cuyos géneros han sido objeto de reflexión y sobre todo de dispositivos normativos desde *De doctrina christiana* de San Agustín (1967 [396]), ya que la discursividad ocupa un lugar central tanto en la liturgia como en otras actividades que el sacerdote desempeña. Consideraremos la homilía, parte importante de la celebración litúrgica pronunciada después de la lectura del evangelio, que constituye el género privilegiado de la predicación en nuestros días y es objeto de un dispositivo normativo institucional. Pero muchas de las indicaciones son comunes también a la predicación temática, que no parte de un texto sino de un tema y que incluye subtipos como la predicación misionera (destinada a la conversión o a la renovación de la fe), la didascálica (para hacer conocer las verdades cristianas), la moral o la circunstancial (referida a acontecimientos especiales como bautismo, boda

o funeral). En ese sentido, los manuales diferencian la *kerigmática*, que se ocupa en general de la predicación, y la *homilética*, que trata en especial la homilía.

Después del Concilio Vaticano II, se tiende a reflexionar más asiduamente sobre los modos de predicar en el mundo contemporáneo y sobre la preparación del escrito que va a sostener la producción oral. Expresión actual de ello es la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (2013) del Papa Francisco (PF)² que aborda, entre otros temas, la homilía y su preparación, valorando a los ejemplares del género como “la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo” (p. 108). Lo que se aprecia positivamente son los rasgos de la proximidad (Arnoux y Bonnin, 2014) que son modulados en el discurso y generados como efectos por este, más allá del vínculo con su feligresía que el sacerdote haya podido construir. Dentro de la celebración, que tiende al ritual con la repetición de los gestos, la homilía es el anclaje en el presente de la relación entre el oficiante y el conjunto de fieles.

El texto de Francisco, en la parte que nos interesa -las orientaciones para la elaboración de la homilía-, retoma algunos principios presentes en una obra didáctica de Víctor Manuel Fernández (F), rector de la Pontificia Universidad Católica Argentina y primer Arzobispo designado por el Papa Francisco en mayo de 2013, *Cómo interpretar y cómo comunicar la Palabra de Dios* (2009), que tuvo una amplia difusión.

Me apoyaré en estos textos –y, en algunos momentos, en otros anteriores- para señalar los rasgos que la institución destaca en relación con el género, la importancia asignada didácticamente a la articulación entre lectura y escritura y al criterio de variación que aparece en las indicaciones sobre la *dispositio* y la *elocutio*. Ilustraré algunos puntos con fragmentos de las homilías del Papa Francisco (PF), particularmente las que pronunció en su viaje a Ecuador, Bolivia y Paraguay, y con otros procedentes de algunas de sus homilías cuando era cardenal primado de la Argentina (Bergoglio, 2013). En las citas primeras indicaré el lugar y el día y en las segundas el año.

La homilía como género de la predicación cristiana

En la tradición retórica los textos escritos ocupan un lugar importante en la formación del orador -con complejidades distintas según el nivel de enseñanza- ya sea como objetos de lectura destinados al comentario, como motivadores para los ejercicios de escritura o como modelos de escritura que deben ser internalizados. Se estima que la escritura da fundamento y fluidez a la producción oral, por eso la necesidad de su dominio. Sin embargo, su posición es subordinada ya que lo que se valora es que el orador ya formado dé la impresión de improvisar. De allí la consideración, para entrenarse en ello, de la *memoria* y la *actio*. A estas partes de la retórica se agregan la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*, centradas más en el texto que será proferido.

Las artes de predicar, que atienden a la formación del orador cristiano, se inscriben en esta tradición (Régent-Susini, 2009) y mantienen el interés por los distintos aspectos, con las variaciones propias de la época en la que se elaboran ya que los “dispositivos de comunicación” son distintos (Maingueneau, 2009). Se centran en los géneros específicos de las prácticas religiosas y en un público que ya ha pasado por las instancias previas de enseñanza y que, en general, ha accedido o está por acceder al sacerdocio, por lo cual no contemplan un entrenamiento previo en géneros menores.

La interpretación del texto bíblico, fundamental para el despliegue posterior, se asienta también en la reflexión que desde el medioevo contempló los diferentes modos de significar de los textos sagrados: literal, alegórica, moral y anagógica o trascendente (Murphy, 1986). Además el formato habitual -partir de una lectura y desplegar el comentario- se basa en la liturgia sinagoga, que contemplaba dos lecturas, la del Pentateuco y la de los profetas.

La homilía, en general, obliga a una detenida elaboración escrita, que puede dar lugar a un guión o a un discurso completo. Es un género complejo que está tensionado, en la actualización del mensaje, entre la interpretación del fragmento bíblico que opera como desencadenante y la de la situación que vive la comunidad de fieles (Arnoux, 2004, 2015b; Arnoux y Blanco, 2003, 2004, 2007). En muchos tratados se la ha caracterizado como “un ‘servicio’ que el ministro hace a los demás creyentes para que

comprendan la Palabra anunciada como ‘Palabra-para-nosotros-hoy’” (Aldazábal, 1979, p. 8). A ello se agrega la necesidad de mover, es decir, de conmover y movilizar, a un destinatario que ha estado presente en diversas celebraciones litúrgicas similares, oficiadas por el mismo sacerdote u otro. Esto exige que se consideren estrategias capaces de llegar a los fieles que, como habitualmente participan de estos rituales, deben ser interpelados creativamente, sobre todo si se desea impulsarlos a un compromiso mayor con su comunidad. “Es necesario saber ‘escandalizar’, para que se capte mejor la fuerza, muchas veces paradójica, de evangelio. Dosificar oportunamente, como lo hacía Cristo, el simbolismo con el lenguaje directo, las afirmaciones con los planteamientos provocativos” (Aldazábal, 1979, p. 69).

Todos estos requerimientos obligan a apoyarse en una tradición retórica que si bien tiene los rasgos específicos de la predicación cristiana se nutre, como señalamos, en la amplia reflexión sobre la discursividad que viene desde la antigüedad grecolatina. La notable persistencia de que dan prueba no solo los ejemplares del género sino también las reflexiones institucionales orientadoras de esta práctica se debe a que es un discurso cercano a los que trataban los textos tradicionales de elocuencia ya que, sinteticemos, se profiere oralmente frente a un auditorio a partir del sostén de un texto escrito, que debe actuar sobre aquel tanto desde el punto de vista intelectual como emotivo, y que debe construir una representación de locutor autorizado, confiable y próximo. Se conjuga así la problemática del *logos*, *pathos* y *ethos* como aspectos esenciales de la discursividad. Cierta atemporalidad y extrañamiento de la celebración litúrgica ancla también en esa activación de una larga memoria retórica.

En relación con la realización oral, a ello se agrega la reflexión actual sobre la comunicación en lo que está presente también la perspectiva semiótica. El episcopado norteamericano, por ejemplo, dice respecto de la formación en los seminarios:

El “currículum” debe asegurar también que cada uno de los futuros sacerdotes adquiera una competencia profesional en aquellas *áreas de comunicación* que forman parte de la expresión pública de la palabra hablada. Hay que cuidar el desarrollo del instrumento total que es la persona misma del comunicador: el cuerpo, la voz, el corazón y la mente;

ya que la comunicación requiere siempre que se empeñe activamente toda la persona en el momento mismo de la comunicación (Episcopado U.S.A., 1979, p. 77).

Los tratados destacan la importancia del lenguaje y asignan tramos extensos a reflexionar sobre ello. Cuando se refieren a las intenciones de las homilías domina, por ejemplo, la enunciación de los actos de habla que puede considerar el sacerdote, que muestra la necesidad en la formación de reconocer las diferencias y elaborar estrategias que atiendan a ellos. A esto apunta el extenso listado que suministra el Grupo alemán de trabajo homilético (citado en Calvo Guinda, 2003, p. 102): mandar, dar orden de, exigir, prohibir, permitir, fomentar, solicitar, exhortar, provocar, censurar, condenar / pedir, encargar, sugerir, recomendar, advertir, aconsejar / invitar, atraer, desear, animar, recomendar / alabar, confirmar, aprobar, agradecer, felicitar, autorizar / alegrarse, compadecerse, asegurar / acusar, disculpar, perdonar / aclarar, enseñar, preguntar, argumentar, adoctrinar, comprobar, afirmar, responder / describir, exponer, explicar, ilustrar, narrar, hacer reflexionar / prometer, testimoniar, garantizar, responsabilizarse. Esta enumeración tiende, entonces, a mostrar la variedad de posibilidades que el predicador puede recorrer cuando elabora su homilía y la necesidad de orientar pragmáticamente el texto.

En torno a la preparación

Las dificultades que, como señalamos, presenta el género exigen una preparación rigurosa, ya que no solo se debe comprender acabadamente la lectura sino también conocer a la “asamblea” y las circunstancias del entorno social para poder exponer la dimensión profética del texto sagrado. Los manuales rechazan la improvisación: el discurso proferido debe ser resultado de una intensa reflexión previa que implica una lectura detenida, no solo del fragmento sino también de los distintos comentarios que se han hecho sobre este, la búsqueda de una articulación con la situación presente y un esfuerzo redaccional o, por lo menos, la producción de un guión con resaltes y jerarquías.

Algunos manuales, pensando en la homilía dominical y proponiendo un guión más que un discurso completo se detienen en las actividades que se deben realizar en los distintos días de la semana:

El lunes está dedicado a la lectura de los textos y a la elección de uno de ellos que determinará el tema de la predicación. [...] El martes es el día de la exégesis. Es el día más laborioso. El texto no ofrece aún un tema preciso. [...] El miércoles es el día de la actualización. No se trata de lo que pasó entonces, sino de lo que pasa hoy. [...] El jueves es el día de la oración personal del predicador. [...] El viernes está dedicado a la preparación del guión. Hay que dar a todo lo anterior una cierta forma escrita y no se puede dejar esta tarea para el sábado por la noche. [...] El sábado [...] el predicador se distancia relajado de la labor preparatoria. Quizá solo una ojeada al guión para memorizarlo del todo o parcialmente (Calvo Guinda, 2003, p. 144-145).

Otros se refieren a diferentes fases: la *preparación* propiamente dicha que implica el conocimiento del fragmento y de los comentarios previos y la reflexión sobre la situación presente; la fase de *incubación*, que “consiste en una reelaboración de los problemas y búsqueda de soluciones pero a nivel inconsciente”; la de *intuición o iluminación*, en la que aparece claramente la articulación entre el texto y lo que vive la comunidad en ese momento; la de *verificación*, que impone “un control amplio tanto en lo exegético como en lo teológico y sociológico”; y, finalmente, la fase de *redacción* (Maldonado, 1993, p. 162-165). El resultado debe ser un texto breve, que dure alrededor de diez minutos, mantenga el eje temático de la interpretación y cuya orientación pragmática sea clara.

En las primeras décadas posteriores al Concilio se proponía la preparación colectiva, en la que participaban no solo los sacerdotes sino otras instancias incluso los laicos. Esto permitía reconocer otras voces que podían penetrar en el texto como objeciones o apreciaciones variadas. Restos de ello aparecen en el discurso papal: “¡Qué bueno que sacerdotes, diáconos y laicos se reúnan periódicamente para encontrar juntos los recursos que hacen más atractiva la predicación!” (PF, p 127). A pesar de esto, los textos actuales prevén una preparación individual caracterizada, en primer lugar, por la reflexión detenida sobre el fragmento para la cual se propone un instrumental analítico, y en segundo lugar una lectura espiritual o “lectio divina” capaz de

desencadenar una valoración personal o un reconocimiento del impacto que en él produce (qué me dice a mí) y una perspectiva comunitaria (qué puede decirle a los otros). Este aspecto de la lectura reflexiva es esencial para la elaboración del propio texto (ya que este es pensado como prolongación de la lectura bíblica), para acentuar el compromiso y la convicción respecto de lo que se dice, para poder entablar un vínculo emocional con el otro que es fundamental en la predicación:

Si no se detiene a escuchar esa Palabra con apertura sincera, si no deja que toque su propia vida, que le reclame, que lo exhorte, que lo movilice, si no dedica un tiempo para orar con esa Palabra, entonces sí será un falso profeta, un estafador o un charlatán vacío (PF, p. 120).

La gradación final expone aspectos estilísticos valorados en sus alocuciones por Jorge Bergoglio (2013): que lo que se aprecia como verdadero llegue al otro conmoviéndolo y para lograrlo se apela a las rupturas de isotopía ya que irrumpen en un discurso sostenido expresiones propias de lo cotidiano. El mismo gesto realiza Fernández (2009, p. 87) no solo cuando enuncia también aquello sino cuando señala la íntima relación que tiene el propio conmoverse y el conmover a otros:

Debe permitir que ese texto bíblico le diga algo *a su vida*, ilumine su propia existencia, le pida algo, lo interpele, lo movilice, le cambie la vida. Si no lo hace, estará exigiendo a los demás que se dejen tocar por la Palabra de Dios mientras a él solo le ha pasado por el costado y no le ha movido ni un pelo.

O también cuando se adelanta a conductas posibles: “No se trata de estar medio dormidos o distraídos, volando con la mente por todas partes. Se trata más bien de una serena atención” (Fernández, 2009, p. 93). Para alcanzarla Fernández (p. 92-93) propone recursos variados que van desde la lectura orante, en la que el fragmento se explora y profiere como oración, hasta indicaciones prácticas para la meditación:

Para poder estar serenos en oración es necesario también calmar el cuerpo. Se trata de sentarse cómodo en un lugar, respirar profundo, imaginar que cada parte del cuerpo se va relajando, y recorrer así todo el cuerpo *sin prisas*. Finalmente, disfrutamos un instante de esta calma, pero de inmediato hay que pasar a la oración propiamente dicha, que es una relación con el Señor.

Sin embargo, advierte: no es necesario que los objetos de reflexión surgidos en la lectura espiritual se vuelquen a la predicación ya que muchos de ellos están ligados a la historia personal o a las vivencias del sacerdote, lo importante es que se trasluzca la no ajenidad frente a la Palabra: “aunque lo que oremos no nos sirva para predicar sobre eso, este paso le da mucha calidad a la predicación, porque se nota mucho cuando alguien habla de algo que siente como ‘propio’, que ha ‘encarnado’ en la oración” (Fernández, 2009, p. 100). De esta manera, además, se llegará más hondamente a la historia y vivencia de los otros.

En algunos casos, ilustrar con experiencias propias sirve no solo para mostrar la “no ajenidad” sino también para aproximarse a los otros. En la homilía de Francisco en Guayaquil (del 06/07/2015), por ejemplo, el Papa dice: “En el seno de la familia, nadie es descartado, todos valen lo mismo”. E ilustra con la evocación de una escena personal:

Me acuerdo que una vez a mi mamá le preguntaron a cuál de sus cinco hijos –nosotros somos cinco hermanos- a cuál de sus cinco hijos quería más. Y ella dijo (muestra la mano): como los dedos, si me pinchan este me duele lo mismo que si me pinchan este. Una madre quiere a sus hijos como son. Y en una familia los hermanos se quieren como son. Nadie es descartado.

En su exhortación apostólica el Papa apela a la responsabilidad de cada uno en la preparación del texto, que se inicia con el estudio detenido del fragmento, y sintetiza: “conviene dedicarle un tiempo prolongado de estudio, oración, reflexión y creatividad pastoral” (PF, p. 114). “Que todas las semanas se dedique a esta tarea un tiempo personal y comunitario suficientemente prolongado” (PF, p. 114). “Un predicador que no se prepara no es ‘espiritual’; es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido” (PF, p. 115).

La tensión constitutiva: escuchar el fragmento bíblico y escuchar al pueblo

La homilía parte de un texto escrito, generalmente el correspondiente a uno de los evangelios, fijado oficialmente para cada celebración a lo largo del año litúrgico. El

leccionario contempla un ciclo de tres años, dividido en tres subconjuntos que corresponden respectivamente a los evangelios de Mateo (A), de Marcos (B) y de Lucas (C) cuyas diferencias temáticas se consideran significativas:

El evangelio de Mateo está al servicio de la instrucción pastoral de la reciente comunidad. El tema fundamental es discipulado y seguimiento.

El evangelio de Marcos no pretende en primer término la conservación y fijación de la tradición, sino enseñar, guiar y fortalecer a las comunidades en sus problemas y necesidades actuales.

Lucas escribe para cristianos que no proceden de la tradición judía. [...] Todos los evangelistas ciertamente informan de los hechos salvíficos de Jesús, pero ningún evangelista lo hace tan sensiblemente como Lucas. [...] Un punto de gravedad del evangelio de Lucas es el trato de Jesús con los pecadores, que se realiza con comprensión y amor. [...] Otro tema central en Lucas es la oración (Calvo Guinda, 2003, p. 39).

El mensaje bíblico debe ser actualizado, lo que implica leerlo desde una sensibilidad particular respecto de las inquietudes, preocupaciones o intereses de la comunidad de fieles en ese momento; “poner un oído *en el pueblo*, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo” (PF, p. 122). Esto había sido ya sintetizado por Monseñor Angelelli, víctima de la dictadura militar, quien aconsejaba vivir: “Con un oído puesto al evangelio y otro al pueblo” (citado por Maldonado, 1993, p. 17). La elaboración del escrito, por lo tanto, exige una doble actividad interpretativa: del texto, y del pueblo y de “los signos de los tiempos” (el mensaje de Dios en los hechos que se producen en una situación histórica determinada). El primero debe permitir orientar las conductas en el aquí y ahora, y los otros, que se alcanzan gracias al “discernimiento evangélico”, facilitan la elección en la lectura del eje que se va a desarrollar discursivamente: “De la *combinación* entre el mensaje del texto y lo que la gente necesita escuchar saldrá el contenido de la predicación” (F, p. 106).

En la búsqueda de una articulación entre lectura y presente, es posible acudir simplemente a alguna experiencia humana frecuente” (la alegría de un reencuentro, las desilusiones, el miedo a la soledad...) (PF, p. 123). Pero hay que ser muy cuidadoso

para “no responder nunca preguntas que nadie se hace, tampoco conviene ofrecer crónicas de la actualidad para despertar interés: para eso ya están los programas televisivos” (PF, p. 124). Siempre es conveniente considerar algo que genere algún impacto:

[...] algún hecho para que la Palabra pueda resonar con fuerza en su invitación a la conversión, a la adoración, a actitudes concretas de fraternidad y de servicio, etc., porque a veces algunas personas disfrutan escuchando comentarios sobre la realidad en la predicación, pero no por ello se dejan interpelar personalmente” (PF, p. 124).

El imperativo de no eludir los problemas que la comunidad enfrenta puede llevar a derivar el texto hacia un discurso netamente político. Los manuales son conscientes de esto y advierten acerca del equilibrio que hay que lograr en un texto profundamente meditado:

Lo que hace el ministro, con humildad y con amor, desde “dentro” y no con autosuficiencia irónica o demagógica, es ponerse con todos a la escucha de esa Palabra y ayudar a los demás a entender sus implicaciones. Sin escamotear su fuerza contestataria y su exigencia. Pero sin convertirla tampoco en un latiguillo social ni en un mitin (Aldazábal, 1979, p. 37).

Todo lo señalado impone, como dijimos, una instancia de preparación importante para lo cual se suministran las herramientas para la lectura y la escritura que se consideran más adecuadas. La lectura del texto bíblico y la redacción de la homilía no son actividades rápidas e improvisadas sino producto de una actividad reflexiva sobre los textos y sobre la misma práctica. Es necesario una inmersión detenida en el texto, lecturas repetidas que faciliten la comprensión del fragmento y la derivación del mensaje: “Para poder interpretar un texto bíblico hace falta paciencia, abandonar toda ansiedad y darle tiempo, interés y dedicación *gratuita*” (PF, p. 115). Es decir, es necesario demorarse en la lectura y en la reflexión sobre la situación presente.

Leer para orientar la escritura

Las operaciones que se proponen para preparar el “comentario litúrgico de la Escritura” (Llopis, 1979, p. 21) responden a la tradición escolar de la explicación de

textos particularmente literarios: “La lectura espiritual de un texto debe partir de su sentido literal” (PF, p. 121).

Son conocidos los diversos recursos que ofrece el análisis literario: prestar atención a las palabras que se repiten o se destacan, reconocer la estructura y el dinamismo propio de un texto, considerar el lugar que ocupan los personajes, etc. Pero la tarea no apunta a entender todos los pequeños detalles de un texto, lo más importante es descubrir cuál es el mensaje *principal*, el que estructura el texto y le da unidad (PF, p. 116).

El análisis puede considerar, para encontrar el mensaje, los tipos de estructura (circular, con un hilo estructural, con un hilo progresivo) que van a orientar respecto de lo más importante por su ubicación, su repetición o las transformaciones que va sufriendo. También pueden orientar los cambios internos o los detalles que rompen la estructura (Fernández, 2009). “Si el predicador no realiza este esfuerzo, es posible que su predicación tampoco tenga unidad ni orden; su discurso será solo una suma de diversas ideas desarticuladas que no terminarán de movilizar a los demás” (PF, p. 116-117).

Por otra parte, la preocupación por la unidad lleva a que se insista sobre el acto global de habla que orienta el texto:

No solo hay que reconocer una idea “sino también el efecto que ese autor ha querido producir. Si un texto fue escrito para consolar, no debería ser utilizado para corregir errores; si fue escrito para exhortar, no debería ser utilizado para adoctrinar; si fue escrito para enseñar algo sobre Dios, no debería ser utilizado para explicar diversas opiniones teológicas; si fue escrito para motivar la alabanza o la tarea misionera, no lo utilicemos para informar acerca de las últimas noticias” (PF, p. 117).

Ese acto de habla aparece ligado al género peculiar de cada fragmento y eso incide en la determinación del sentido del mensaje central:

El mismo mensaje puede estar en un género sapiencial contemplativo, o en una exhortación moral, o en un texto apocalíptico, o en un salmo de adoración, o en un cántico de acción de gracias, o en una oración de súplica, etc. No es lo mismo. Eso cambia el sentido profundo del mensaje (Fernández, 2009, p. 59).

Como muchos de los géneros son narrativos hay que atender a la particular composición y estilo que caracteriza, en la clasificación de los textos bíblicos, a epopeya, saga, etiología (sobre el origen de una costumbre o nombre), midrash (narración preocupada por incluir detalles que impacten en el auditorio en su presente), parábolas, relatos históricos, narraciones de milagros, o narraciones de expulsiones de “demonios” (Fernández, 2009, p. 59-73).

A pesar de las recurrentes indicaciones sobre el mensaje central que debe ser descubierto a partir de un estudio detenido y que considere los distintos factores – en lo que incide el carácter didáctico de estas observaciones- no se puede obviar el hecho de que ese mensaje va a constituir el eje interpretativo que va a dar unidad a la homilía y facilitar la actualización por lo cual en el descubrimiento, más allá de los aspectos discursivos del fragmento, interviene la sensibilidad a la situación que vive la comunidad. De allí que en las mismas orientaciones didácticas se evidencia una tensión entre la unidad del mensaje del fragmento (que debe tenerse en cuenta para evitar desvíos) y la posibilidad de diferentes lecturas: “Cada texto tiene un sentido propio, que es siempre actual, pero también el texto queda abierto para ampliarse y dar lugar a nuevas interpretaciones (‘relecturas’)” (Fernández, 2009, p. 45). Cuando se presentan dificultades para encontrar una idea, se plantea didácticamente que el fragmento puede estar compuesto de diversas partes y en ese caso es conveniente elegir una para que la predicación no pierda ella misma la unidad.

La norma, en realidad, es no multiplicar los ejes interpretativos. Y aquí interviene el primer gesto de escritura regulada, más allá de subrayados y notas o esquemas, y que acerca esta instancia de práctica a las formas escolares avanzadas del comentario de texto: encontrar la entrada más adecuada que va a dar lugar al despliegue discursivo y exponerla en una fórmula escueta. Por eso se señala que para afirmar la unidad es conveniente escribir una frase breve y simple, con solo uno o dos verbos conjugados, que exponga el tema que se va a desarrollar (Fernández, 2009 p. 57-58).

En el proceso de desmenuzar lo que habitualmente es una historia narrada se van a considerar los fenómenos en los que la narratología habitualmente se detiene:

personajes, acciones, juegos de temporalidades, ritmos, puntos de vista, orientación argumentativa. Asimismo, se pueden privilegiar en la interpretación las palabras o los hechos. El reconocimiento de estos aspectos, además de su incidencia en la comprensión, va a permitir encontrar los modos de discurrir anclando en el presente desde la analogía con la situación o los personajes descritos hasta la exhortación a imitar o desechar las conductas expuestas.

En la homilía de Francisco en Guayaquil (del 06/07/2015), por ejemplo, la lectura se refiere a las bodas de Caná (San Juan, 2, 1-11). El texto se detiene en “el clamor de la madre: ‘No tienen vino’”, se analiza el gesto de María utilizando en el comentario imágenes fácilmente comprensibles por el auditorio y se lo interpreta señalando aquellos que en la actualidad no tienen vino y proponiendo imitar el gesto solícito que constituye uno de los mensajes, en este caso implícito, de la actualización:

María está atenta, está atenta en esas bodas ya comenzadas, es solícita a las necesidades de los novios. No se ensimisma, no se enfrasca en su mundo, su amor le hace “ser hacia” los otros. Tampoco busca a las amigas para comentar lo que está pasando y criticar la mala preparación de las bodas. Y como está atenta, con su discreción, se da cuenta de que falta el vino. El vino es signo de alegría, de amor, de abundancia.

Cuántos de nuestros adolescentes y jóvenes perciben que en sus casas hace rato que ya no hay de ese vino. Cuánta mujer sola y entristecida se pregunta cuándo el amor se fue, cuándo el amor se escurrió de su vida. Cuántos ancianos se sienten dejados fuera de la fiesta de sus familias [...]. También la carencia de ese vino puede ser el efecto de la falta de trabajo, de las enfermedades [...]. María no es una madre “reclamadora”, tampoco es una suegra que vigila para solazarse de nuestras impericias, de nuestros errores o desatenciones. ¡María simplemente es madre! Ahí está atenta y solícita.

En todo este trabajo de tránsito desde un universo referencial alejado de nosotros y el presente acuciante, la reformulación es como en todo el largo trayecto retórico una pieza necesaria que desencadena el discurso, lo escande, permite afirmar los gestos identificatorios o suministra pruebas respecto de lo que se sostiene. El gesto de María impulsa el de Jesús: transformar el agua en vino. Y de este hecho milagroso deriva el mensaje de esperanza:

Dios siempre se acerca a las periferias de los que se han quedado sin vino, los que solo tienen para beber desalientos. Jesús siente debilidad por derrochar el mejor de los vinos con aquellos a los que por una u otra razón se les han roto todas las tinajas. (PF, 06/07/2015)

Más allá del análisis interno se puede comparar la lectura con textos paralelos presentes en los otros evangelios o con otros episodios. En la homilía en el Santuario de Caacupé (del 11/07/2015), por ejemplo, la lectura es la aceptación de María del anuncio del ángel Gabriel acerca del futuro nacimiento de Jesús. Francisco plantea que ese “sí” no fue fácil de vivir y repasa tres momentos difíciles en la vida de María, que ella superó gracias a la fe: 1- el nacimiento de Jesús, 2- la huida a Egipto y 3- la muerte en la cruz. Su participación en diferentes episodios le asigna espesor histórico al personaje a la vez que permite sostener un cierre parcial: “Dios no defrauda, no abandona a su pueblo, aunque existan momentos o situaciones que parecen que Él no está”.

La interpretación también puede poner en relación el sentido del fragmento con la enseñanza que suministra la Biblia en general y el contexto que conforma cada evangelio con sus rasgos peculiares:

Pero esto no significa debilitar el acento propio y específico del texto que corresponde predicar. Uno de los defectos de una predicación tediosa e ineficaz es precisamente no poder transmitir la fuerza propia del texto que se ha proclamado (PF, p. 117).

Lectura y escritura muestran en esta particular práctica discursiva un vínculo que aparece esbozado en el campo didáctico y que lo acerca a las prácticas académicas de la crítica literaria. Lo importante reside en el desprenderse del texto base para avanzar en la reflexión sobre el presente aunque insistiendo retóricamente en que eso ya había sido dicho y que el sacerdote solo es el agente de esa revelación.

Atención a la *dispositio* del nuevo texto

La homilía se inscribe en la celebración litúrgica, que posee su ritmo propio y la armonía entre sus partes, por lo cual para no afectarla debe ser breve y “evitar

parecerse a una charla o a una clase” (PF, p. 110), deslinda en el que los manuales insisten.

Reconocer, como señalamos, la unidad de sentido, en lo que se incluye la orientación pragmática en su vínculo con el género en el que se inscribe el fragmento permite derivar el mensaje que va a ser la base del escrito y que le va a permitir alcanzar claridad si la predicación tiene “unidad temática, un orden claro y una conexión entre las frases, de manera que las personas puedan seguir fácilmente al predicador y captar la lógica de lo que les dice” (PF, p. 126). Se retoma así el mensaje principal detectado en el texto a partir de la lectura, que dio lugar a la primera frase escrita y se la adapta a “la situación humana” que va a permitir la actualización: “Eso debe resumirse en una frase breve, de unos dos renglones a lo sumo” (Fernández, 2009. p. 116). Esa frase es la que se deberá expandir en el nuevo texto siguiendo la extensa tradición retórica de enseñanza de la escritura que reconocía las operaciones centrales de reducir y amplificar y la de variar los modos de decir.

La claridad aparece vinculada particularmente, además de a la unidad temática, a la organización del texto y a la orientación argumentativa global. El desarrollo de la predicación y en la mayoría de los casos del género homilía, puede seguir diferentes esquemas textuales (Fernández, 2009, p. 123-130): 1- motivación, desarrollo, conclusión; 2- afirmación, objeción, aclaración; 3- preguntas personales; 4- premisa evidente y preguntas abiertas (luego de un “pero” que muestre que no se han sacado las consecuencias esperadas); 5- pregunta, respuesta detallada, síntesis; 6- planteo, expectativa creciente, respuesta implícita; 7-desarrollo con hilo estructural (frase, versículo o estribillo); 8-enriquecimiento de significado palabra por palabra (de una frase); 9- explicación (exégesis sencilla) parte por parte. La explotación de estas posibilidades textuales facilita no solo la adaptación a la lectura y a la situación sino también la variación discursiva, clave para estimular la atención. Así, respecto de 6 se señala:

Aquí la clave está en plantear algo que inquiete a las personas y *hacer crecer* esa inquietud a lo largo de la predicación. Generalmente es útil hacerlo con preguntas. Se

comienza con un planteo y luego se van proponiendo otras preguntas y otras preguntas que inquieten más todavía.

[...] Esta predicación no da respuestas. Su valor es que estimula las preguntas que por sí solas llevan a la gente a cuestionarse y a proponerse un cambio de vida.

Quizás la última pregunta puede ser ya una respuesta pero a modo de pregunta. (p.127).

Siguiendo la tradición retórica, la apertura y cierre son fundamentales. El discurso didáctico se detiene en ello. Por ejemplo, en relación con 1:

La *motivación* al inicio capta la atención, despierta el interés del auditorio. Debe ser algo que espontáneamente atrape al que escucha. Es un hecho de la vida, conectado con la experiencia de la gente.

[...] La *conclusión* debe ser bien preparada, porque lo último que se escucha es lo que más queda dando vueltas en la mente y el corazón. Tiene que ser muy concisa, clara y oportuna. Si el predicador da vueltas y vueltas, o retoma cosas ya dichas, o se prolonga, puede arruinar una buena predicación y debilitar su fuerza. También puede angustiar a las personas que perciben cómo el predicador no sabe cómo terminar.

[...] Si se quiere motivar a la oración, lo ideal es que el predicador mismo haga una oración en voz alta al final de la predicación (p. 124).

En la homilía en el santuario de Caacupé (del 11/07/2015), Francisco inicia la alocución apelando al vínculo fraterno con el auditorio, despegándose de todo lugar jerárquico:

Estar aquí con ustedes es sentirme en casa, a los pies de nuestra Madre y la Virgen de los Milagros de Caacupé. En un santuario los hijos nos encontramos con nuestra Madre y entre nosotros recordamos que somos hermanos. Es un lugar de fiesta, de encuentro, de familia.

En el cierre retoma un ruego popular y agrega el propio:

Volviendo a mirar la imagen de María los invito a decir juntos “en tu Edén de Caacupé es tu pueblo Virgen pura que te da su amor y fe”. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

En el armado del texto, entonces, se valora el plan textual, que asigna claridad y unidad a la homilía, y se proponen distintos esquemas que dan la posibilidad al sacerdote de variar. Por otra parte se insiste, como en todo discurso público, en la

apertura capaz de interpelar al otro y en el cierre que puede llevar tanto a un silencio reflexivo como a una movilización con distintos alcances.

La dimensión dialógica y el problema del estilo

El estilo en las artes de predicar ha estado ligado a la reflexión sobre el auditorio y a los efectos que se busca producir en él. Si bien tradicionalmente se han retomado los tres estilos ciceronianos –sencillo, templado y sublime– se los ha desprendido de la importancia de la causa, propia de los discursos jurídicos, y se los ha relacionado con las funciones: enseñar, deleitar y mover (conmover y movilizar). Desde San Agustín, el consejo ha sido variar los estilos y combinarlos para poder alcanzar a un público heterogéneo y, muchas veces poco dispuesto a mantener la atención. Los estilos también han sido vistos, siguiendo la retórica, como rasgos del discurso o de la arquitectura de la frase más allá de los registros. Se habló entonces de estilo lacónico, ático y asiático considerando entre otros la cantidad de miembros de los períodos. El afán clasificatorio se mantiene hoy y se habla de doctrinal-catequístico, centrado en las verdades de fe; moralizante, preocupado por el deber ser; místico, o espiritualmente contemplativo; emocional-afectivo; profético, que denuncia los conformismos reinantes; sapiencial-humanista (“que ama la felicidad del ser humano y convive con el sentido común, con el diálogo y la comprensión” F, p. 133). Pero lo que enmarca la clasificación es la insistencia en la variación:

La variedad permite llegar a todos, porque hay estilos que llegan más a unos pero menos a otros (F, p. 151).

Lo ideal es detectar cuál es la propia tendencia dominante y hacer constantemente un esfuerzo para variar (F, p. 134).

Lo mismo que en la alimentación lo ideal es la variedad (F, 134).

Más allá del juego de estilos, lo fundamental es inscribir lo dialógico en el texto. El género lo facilita ya que, por un lado, las homilias dialogan con la lectura primera, con otros textos, con enunciadores variados o con voces sociales diversas. Esos enunciados “otros” pueden tener diferentes funciones, por ejemplo, reforzar lo que se dice: “Nuestro grito, en este lugar que recuerda aquel primero de libertad actualiza el de

San Pablo ‘Ay de mí si no evangelizo’”, (PF, Quito, 07/07/2015); o exponer fragmentos de los sociolectos que se rechazan: “Frente a tantas situaciones de hambre en el mundo podemos decir: ‘No nos dan los números, no nos cierran las cuentas’” (PF, Santa Cruz de la Sierra, 09/07/2015); o incitar a la imitación “Jesús nos sigue diciendo en esta plaza: Sí, basta de descartes, denles ustedes de comer” (PF, Santa Cruz de la Sierra, 09/07/2015).

Por otro lado, los tratados insisten en su condición etimológica de “plática familiar” y la distinguen frente a otros géneros asociados con la práctica sacerdotal. Enumeran aquello que no es: entre otros, no es una conferencia, un sermón temático, un discurso, un panegírico, una oración fúnebre. El predicador debe:

Suscitar el diálogo, decir la primera palabra. Si el que predica lo dice todo, lo responde todo, lo siente todo... el oyente es anulado. Esto se concreta de tres maneras: siendo breve (unos siete minutos me parece la medida ideal); empleando con frecuencia la interrogación; respetando los silencios dentro de la homilía y al final (Maldonado, 1979, p. 55).

La homilía no solo por su nombre exige una fuerte dimensión dialógica sino también porque se la considera, como toda predicación, tramo del diálogo entre el Señor y su pueblo: Francisco dice “en la homilía quieren que alguien haga de instrumento y exprese los sentimiento, de manera tal que después cada uno elija por dónde sigue su conversación” (PF, p. 113).

Para lograr un tono conversacional los recursos son variados: formulación de preguntas, en algunos casos respuestas, dar la voz a distintos enunciadores, desplegar enunciados polémicos, apelar a interpelaciones o exhortaciones morales, incluir parentéticas que comentan u objetan lo dicho, reinterpretar las acciones de los personajes bíblicos con términos cotidianos. Incluso se puede pensar en homilías dialogadas como las destinadas a un público infantil o como las que Ernesto Cardenal puso en práctica en Solentiname en las que los asistentes participaban del comentario bíblico.

Todo tiende a la proximidad con el auditorio, de allí también la insistencia en el uso de

un lenguaje cercano a lo coloquial o, por lo menos, que apele a lo coloquial en algunas zonas de un discurso más sostenido : “[...] el Señor experimenta en carne propia lo peorcito de este mundo al que ama, aun así, con locura” (PF, homilía en Quito, 07/07/2015). Esto obliga a abreviar en la cultura de cada pueblo, que como tal, al decir del Pontífice, ha inculturado con sus modos propios el Evangelio: “La prédica cristiana encuentra en el corazón cultural del pueblo una fuente de agua viva para saber lo que tiene que decir y para encontrar el modo como tiene que decirlo” (PF, p. 111); “Si uno quiere adaptarse al lenguaje de los demás para poder llegar a ellos con la Palabra, tiene que escuchar mucho, necesita compartir la vida de la gente y prestarle una gustosa atención” (PF, p. 126).

En su exhortación apostólica se va a referir a la importancia del “dialecto materno”:

Así como a todos nos gusta que se nos hable en nuestra lengua materna, así también en la fe nos gusta que se nos hable en clave de ‘cultura materna’, en clave de dialecto materno, y el corazón se dispone a escuchar mejor (PF, p. 111).

Amplía lo que llama lo “materno-eclesial” al ethos del predicador. Valora así:

La cercanía cordial del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases, la alegría de sus gestos. Aun las veces que la homilía resulte algo aburrida, si está presente este espíritu materno-eclesial, siempre será fecunda...! (PF, p. 111).

Y cuestiona “la predicación puramente moralista o adoctrinadora, y también la que se convierte en una clase de exégesis”, ya que “reducen esta comunicación entre corazones que se da en la homilía y que tiene que tener un carácter cuasi sacramental” (PF, p. 112) o la imprecatoria y negativa: no hay que decir “tanto lo que no hay que hacer sino que hay que proponer lo que podemos hacer mejor” (PF, p. 126).

Sensible a la importancia de la *elocutio*, el Papa va a aconsejar “aprender a usar imágenes en la predicación, es decir, a hablar con imágenes [...] las imágenes ayudan a valorar y aceptar el mensaje que se quiere transmitir”; “En la homilía, la verdad va de la mano de la belleza y del bien: No se trata de verdades abstractas o de fríos

silogismos, porque se comunica también la belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien” (PF, p. 112-113).

Numerosas imágenes pueblan sus homilías. Algunas integran unidades léxicas castellanizadas: “embeleso de *voyeurismo* donde todo está permitido”, “goce *marketinero* de lo morboso” (2004); otras se combinan con juegos de palabras: “La Palabra como la historia nos deja un código donde espejarnos. Pero hay también espejismos” (2004). En algunos casos derivan de neologismos: “La bendición siempre es misión [...], el *con-dividir* de lo que se ha recibido” (PF, Santa Cruz de la Sierra, 09/07/2015); “Nadie puede obligarnos a no ser acogedores, *hospederos* de la vida de nuestro Pueblo (PF, Ñu Guazú, 12/7/2015); en otros surgen de resemantizaciones: habla de María como madre que protege y expresa la voluntad de “no dejar que esta tierra se *desmadre*” (Santuario de Caacupé, 11/07/2015). Muchas imágenes son propias del habla popular: “el camino humilde del *machacar* diario” (2004); “nadie que se compromete deja de embarrarse sino que se nos invita a no quedarnos en el chiquero” (2011).

En algunos casos aparecen las metáforas hiladas que en el retome de un segmento se proyectan a otra situación. En el fragmento siguiente, procedente de una homilía patriótica (Arnoux, 2015a), se señala el sentido de la celebración:

La fragilidad de la barca no debe causar temores ni prevenciones, la inmensidad del mar de la vida y de la historia es suavizada por el viento, ese soplo de Dios que desde el primer día nos impulsa y conduce. Alguna verdadera, misteriosa e ineludible confianza nos llevó a los argentinos a congregarnos, tantas veces a lo largo de nuestra historia, en este solar de mayo, como en aquel año de 1810, buscando el viento que nos conduzca por buen camino (2004, s/p).

El gesto político y, con este, el acontecimiento que se celebra son sacralizados gracias al soplo de Dios que aparece, además, como objeto de búsqueda de los que se congregan.

En síntesis, la homilía es un género dialógico, que impone un tono conversacional en el que pueden explotarse los modos corrientes de decir de una determinada comunidad.

Los manuales y la *Evangelii Gaudium* en particular destacan esto e insisten en la importancia de las imágenes como modo evocador de acercarse al otro.

Reflexiones finales

El dominio de un género complejo como la homilía implica aprendizajes importantes, no solo doctrinarios sino también discursivos. Ambos intervienen en la derivación de un mensaje del texto fuente y en el reconocimiento de las opciones interpretativas más adecuadas para cada circunstancia. Esto último también impone un entrenamiento en el análisis de la situación social y política o, por lo menos, una sensibilidad a sus rasgos más salientes, ya que esa evaluación es fundamental en la actualización y en la orientación argumentativa que se dé al texto.

En la eficacia de un discurso que debe convencer pero sobre todo conmover y movilizar se conjugan los aspectos intelectuales en cuyo despliegue la *dispositio* es central, y los aspectos emocionales y afectivos, que en la *elocutio* van a exigir el dialogismo y el empleo de imágenes, en los dos casos abrevando –en términos del Papa Francisco- en el “dialeto materno”.

Los diversos requerimientos que pesan sobre la homilía imponen una intensa preparación, cuyos pasos los textos normativos exponen. Pocos manuales destinados a prácticas profesionales se detienen tanto en la lectura y la escritura y en sus diferentes aspectos y momentos. Por un lado, esto se debe a la necesidad de los sacerdotes de producir textos para la celebración litúrgica de cada domingo. Por otro lado, incide la dificultad que presenta elaborar un escrito a partir de una lectura impuesta y actualizar el mensaje atendiendo a la situación de la comunidad de fieles en ese momento. Y, además, interviene el hecho de que los sacerdotes habitualmente deben dirigirse a un auditorio que es el mismo que ha asistido a otras celebraciones similares presididas por él, lo que impone elaborar estrategias para interpelarlo, ganar su atención y hacerlo participar comunitariamente.

Para aquellos que nos dedicamos a la enseñanza de la escritura, las artes de predicar impulsan la reflexión sobre el proceso de elaboración de textos complejos y sobre la

articulación que estos demandan entre lectura y escritura. Asimismo, constituyen un estímulo para el diseño de secuencias didácticas que atiendan a los diversos pasos en la producción de un escrito. Finalmente, la activación de la tradición retórica, que se evidencia en diferentes zonas de estos manuales, lleva a interrogar nuevamente esos recorridos a partir de otras prácticas sociales y académicas así como a pensar la relación entre la escritura y la oralidad en el ejercicio de la palabra pública.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aldazábal, J. y Roca, J. (1979). *El Arte de la Homilía*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Aldazábal, J. y Roca, J. (1979). Servidores de la Palabra (pp. 18-20), Aplicación de la Palabra al 'hoy' y 'aquí' (pp.35-37), La importancia del lenguaje (pp. 67-69), en *El Arte de la Homilía*, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Arnoux, Elvira N. de. (2015a). Lecture évangélique d'un événement historique et lecture politique d'un passage biblique: les homélies patriotiques de Jorge Bergoglio (1999-2012) . En Angermuller, J y Philippe, G. (dirs) , *Analyse du discours et dispositifs. Autour des travaux de Dominique Maingueneau*. Limoges: Lambert-Lucas.
- Arnoux, Elvira N. de. (2015b). La actualización del mensaje en la predicación cristiana: desplazamientos del discurso religioso al discurso político. En *Memorias del Coloquio Internacional Análisis de Discursos Contemporáneos: Desafíos y Perspectivas*, Doctorado en Lenguaje y Cultura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, recuperado de:
http://www.uptc.edu.co/enlaces/memorias/mem_cidlc_2014
- Arnoux, E. N. de. (2004). La reformulación interdiscursiva en Análisis del Discurso, *Actas del IV Congreso Nacional de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas Análisis del Discurso y enseñanza de la lengua*, formato CD. Lima, Perú: Universidad Ricardo Palma.
- Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, 2, 4.
Elvira Narvaja de Arnoux

- Arnoux, Elvira N. de y Bonnin, J. (2014). Subjetividad y predicación en la *Evangelii Gaudium*: hacia una retórica de la proximidad, en AAVV, *Instauremos el Reino del Padre y su Justicia. Comentarios a la Exhortación Evangelii Gaudium*. Buenos Aires: Editorial Docencia.
- Arnoux, E. N. de y Blanco, I. (2003). Otras formas de persuasión: la interpretación de textos bíblicos. En *La argumentación, Actas del Congreso Internacional*, formato CD. Buenos Aires: 10 y 10 de julio (2002)
- Arnoux, E. N. de y Blanco, I. (2004). Polifonía institucional y eficacia persuasiva en los discursos oficiales de la Iglesia Católica frente a la crisis, en Arnoux, E. y García Negroni, M (eds.), *Homenaje a Oswald Ducrot*, Buenos Aires: Eudeba.
- Arnoux, E. N. de y Blanco, I. (2007). Cita, comentario y reformulación en La travesía de un fragmento del Nuevo Testamento, *Tópicos del Seminario, 17: Pasajes*, pp. 63-87. México: Puebla.
- Bergoglio, J. (2013). *La Patria es un don, la Nación una tarea*. Buenos Aires: Editorial Claretiana.
- Calvo Guinda, F. (2003). *Homilética*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Episcopado U.S.A. (1979). La enseñanza de la homilía en los seminarios. En Aldazábal, J. y Roca, J. pp. 76-78. *El Arte de la Homilía*. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Fernández, V. (2009). *Cómo interpretar y cómo comunicar la Palabra de Dios. Métodos y recursos prácticos*. Buenos Aires: San Pablo.
- Francisco, Santo Padre. (2013). *Exhortación apostólica EVANGELII GAUDIUM del Santo Padre FRANCISCO a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a los fieles laicos sobre el anuncio de Evangelio en el mundo actual*. Roma: Tipografía Vaticana.

- Francisco, Santo Padre. (2015), *Homilías en Ecuador, Bolivia y Paraguay*, en *Vida Nueva. Una palabra comprometida en la Iglesia*. Recuperado de: <http://www.vidanueva.es/la-revista/>.
- Llopis, J. (1979). Exégesis y homilía, en Aldazábal, J. y Roca, J. En *El Arte de la Homilía*. pp. 21-24. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Maingueneau, D. (2009). Le sermón: contraintes génériques et positionnement. *Langage & Société*, N° 130: Pratiques discursives du christianisme contemporain. París: Editions de la Maison des sciences de l'homme.
- Maldonado, L. (1979). Dodecálogo del predicador. En Aldazábal, J. y Roca, J. *El Arte de la Homilía*. pp. 53-56. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica.
- Maldonado, L. (1993), *La homilía. Predicación, liturgia, comunidad*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Murphy, J. (1986). *Ars praedicandi*. El arte de la predicación. En *La Retórica en la Edad Media*, pp. 275-361. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Régent-Susini, A. (2009). *L'Éloquence de la chaire. Les sermons de Saint Augustin à nos jours*. París: Seuil.
- San Agustín (1957 [396]). *Sobre la doctrina cristiana*. Tomo XV de las Obras Completas de San Agustín. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

¹ Elvira Narvaja de Arnoux dirige la Maestría en Análisis del Discurso y la Carrera de Especialización en Procesos de Lectura y Escritura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es responsable de la sede argentina de la Cátedra Unesco de Lectura y Escritura. Sus investigaciones se inscriben en las áreas de Análisis del Discurso, Glotopolítica y Pedagogía de la escritura. El último volumen colectivo que ha publicado con Roberto Bein es *Política lingüística y enseñanza de lenguas* (Biblos, 2015).

² En las citas de *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco y del libro de Fernández indicaré solo la página entre paréntesis.